

Sobre Remedios y San Martín

María de los Remedios Carmen Rafaela Feliciano de Escalada, a los 14 años, fue la mujer de la cual se prendó el gral. José de San Martín. Cuentan que cuando la vio quedó como encandilado y dijo: “esa mujer me ha mirado para toda la vida”.

Recién llegado San Martín a Buenos Aires, junto con Carlos María de Alvear y su esposa la española Carmen Quintanilla, el capitán Chilavert y su hijo, y el artillero Holmberg, es visto por Remedios y su madre que paseaban por el centro de Buenos Aires. Ella nota en seguida su gentil porte y pregunta a su madre por el estado civil del hombre y es recriminada por ésta porque no era bien visto que una niña de 14 años se enamorara de un hombre de 34. Además le dice que no es bueno que él note que ella lo mira... que quizás pensaría que ella se había prendado de él. Remedios le contesta: “Me gustaría que eso pensase”.

Parece que San Martín también la había visto y le pregunta a un señor que pasaba junto a él si sabía quién era la niña y la dama que la acompañaba. Una vez obtenida la respuesta, se suscitó el siguiente diálogo entre San Martín y su amigo Carlos María de Alvear -que estaba junto a él:

-Nunca, querido Carlos, la mirada de una mujer ha traspasado así mi corazón

-¡Qué! ¿Se está usted por enamorar?

-Algo más grave, Carlos ¡Creo que ya lo estoy! Esto es algo -lo estoy viendo en mi pecho- para toda la vida.

Días más tarde es invitado a la casa de don Antonio Escalada para la fiesta de Resurrección del Señor (el Sábado de Gloria de la Semana Santa de 1812). San Martín, que ya había visto a Remedios, aceptó gustoso. Allí le abrió su corazón cuando ésta sentada a su lado en un sofá le preguntó cuáles eran sus planes:

-Muchos son los planes que tengo para el servicio de mi patria... la formación de un escuadrón brillante, luego la libertad de nuestro río Paraná, más adelante todo lo que exija América en la guerra de su independencia... Pero si tú, adorable criatura, me niegas tu amor... yo no sabría entonces hacer nada. Necesito de ti, desde la hora en que te miré por primera vez, como de la luz, como del aire... ¿qué me contestas?

La fiesta de bodas

Se casaron el 12 de septiembre de 1812, luego de que ella cumpliera los 15 años.

Arturo Capdevilla, en su *Romance de las bodas de Remedios* canta el casamiento así:

*“¡Cómo le sienta de bien
al capullo de la rosa
la vecindad del laurel!”*

La fiesta se realiza en la casa de doña Tomasa de la Quintana y de don Antonio de Escalada. Un hermoso sarao con mucha música, alegría, luz y flores. No faltó nadie: Carmen Quintanilla de Alvear y su esposo Carlos María, Mariquita Sánchez de Thompson, María Eugenia de Escalada de Demaría y su esposo.

Se sirvieron copas con refrescos, sorbetes y exquisitas confituras en bandejas de plata. En un momento entra don Antonio de Escalada, golpea las manos para que se suspenda el baile y dejar pasar a tres fornidos Granaderos que querían entregar, en representación del regimiento, un presente a su jefe y su esposa. Eran los tres iguales y uno de ellos se adelantó extendiendo el brazo al tiempo que abría su mano como si fuera una bandeja y le entregó al general un pañuelito bordado por una “granadera” en el cual



Investigación realizada por la Lic. y Prof. Raquel Prestigiacomo para El Museo Viajero. Material de estudio. Prohibida su reproducción comercial. Citar esta página como bibliografía
www.elmuseoviajero.com.ar // info@elmuseoviajero.com.ar // 4573-4672 // 4571-5655

se leían las letras *R* y *J* (Remedios y José). Este era un regalo esencialmente argentino, popular y sincero. Por entonces las madres solían bordar los nombres de sus hijos en

los pañuelos que llevaban al colegio. Un pañuelo bordado por la novia era el primer regalo que recibía un novio. Las esposas bordaban en el pañuelo del esposo el monograma con las iniciales de ambos. El gaucho recibía de la china igual recuerdo, el soldado de la Independencia también llevaba un pañuelito bordado con el pelo de su amada.

Finalmente los novios se retiraron rumbo a la finca de Demaría (cuñado de Remedios) en San Isidro. Creían que nadie los custodiaría pero Alvear, temeroso de que pudiera suceder algo en tan descampado trayecto, dispuso que una partida de 15 granaderos hiciese escolta hasta San Isidro.